

## **Palabras de apertura: Una hermenéutica para América Latina**

María José Rossi (Directora III Jornadas Internacionales de Hermenéutica – UBA)

Esta es nuestra tercera edición de las Jornadas Internacionales de Hermenéutica, en la que volvemos a encontrarnos con la presencia de muchos amigos y colegas venidos de distintos puntos del país, del Chaco, de Córdoba, de Mar del Plata, de Mendoza, así como de otros países de América Latina (Brasil, Chile, Colombia, Venezuela, México) y también de Estados Unidos, España e Italia. Nos pone muy contentos que para muchos de ustedes sea también su tercera vez aquí, y les agradezco en nombre de todo el equipo que así sea, porque esa reincidencia confirma nuestro esfuerzo por intentar una hermenéutica abierta a todas las tendencias, una hermenéutica transdisciplinaria y comprometida con lo que es su más alta vocación, que es la de circular ‘entre’: entre los distintos lenguajes, entre los mundos o entremundos. Mundos otros, como el del extranjero, el de los dioses, del que habla otra lengua o simplemente permanece en silencio. Mundos que a su manera son textos a recorrer, habitar, descifrar y que forman parte de nuestro entramado cultural. En realidad, son la materia de la que estamos hechos. Esos textos no se prestarían entonces a su comprensión distanciada, como si se nos diera la oportunidad de develar su secreto o hacer inteligible su misterio. De lo que se trataría, lejos de pretender la elucidación de cualquier significado último, es de penetrar su espesor, de recorrer su textura, de apreciar sus matices. De reconocer hasta qué punto el lenguaje que ensambla esas diferentes materialidades es un lenguaje híbrido, mestizo, atravesado, corrompido, roto. Se trataría entonces de ensayar una hermenéutica que apuesta a la lectura como acontecimiento histórico, que convierte el espacio público en un espacio agonístico en el que la lucha de las interpretaciones es la lucha de esas voces plurales por hacerse oír y el de las lecturas por encontrar su lugar. Se trata, pues, de volverse más atentos a la polifonía, a detectar que no estamos hechos de una sola pieza, que somos el efecto de muchas voces encontradas y de que a este rompecabezas siempre va a faltarle una pieza para completar el todo. Gracias a ese elemento faltante, este todo carente que somos (como individuos, como comunidad) se mueve, se arma, se desarma, festeja y celebra. Tiene vocación carnavalesca.

Ya en ediciones anteriores nos referimos al hecho de que la hermenéutica tiene su lugar de nacimiento en una biblioteca, y que por eso celebrar cada vez estas Jornadas en la Biblioteca Nacional es motivo de gran alegría. Lo me da la ocasión de agradecer a su director, Horacio González, cuya gestión ha permitido abrir sus puertas a todo tipo de actividades relacionadas con la promoción de la cultura. Como así también agradecer a todas las personas que desde el Departamento de Cultura de la Biblioteca colaboran para que podamos utilizar este espacio. Desde el primer momento en que inicié las gestiones para realizar aquí estas Jornadas, allá por el 2009, encontré personas predispuestas a transformar un lugar que usualmente se utiliza para la conservación de un patrimonio en un lugar para la producción, el intercambio y la discusión de ideas, que también son parte de nuestros mayores bienes. Y sería una gran falta no mencionar además a todo el equipo que me acompaña; pues para poder llevar a cabo un evento de este tipo, que congrega alrededor de 120 participantes, se necesita realmente trabajar en equipo. A su codirector Adrián Bertorello, a Alejandra González, Gastón Beraldi, Daniel Leiro, Nicolás Fernández Muriano, Lucas Bidón Chanal, María Ema Fernández, Luciano Mascaró, Sabrina González e Ignacio Demarinis, la mayor parte de los cuales además forma parte del proyecto de investigación: “Texto barroco y hermenéutica en América Latina: hacia una política de la textualidad”. Este proyecto, que continúa

proyectos anteriores en los que venimos trabajando cuestiones relacionadas con la hermenéutica, la textualidad y la enseñanza (de la que resulta un libro que tendremos ocasión de presentar el día jueves, intitulado *Relecturas. Claves hermenéuticas para la comprensión de textos filosóficos*) se juega enteramente a la posibilidad de pensar una hermenéutica de sesgo latinoamericano haciendo pie en la categoría de barroco. Categoría que nos permite pensar o mejor representarnos (no sólo conceptualmente sino visualmente, e incluso, auditivamente) este todo mestizo, mixturado y litigioso que somos.

Recordaba en ediciones anteriores que fue en Alejandría, en la mayor biblioteca que se haya conocido de la antigüedad, donde se inició la práctica de restauración material de textos de la tradición como punto de partida para la recuperación de su unidad semántica. Pero el siglo II tiene además otra particularidad: es el momento de cruce de diversas tradiciones. Y la biblioteca va a ser el espacio privilegiado de encuentro de esas tradiciones. Así, la cultura griega que está en expansión va a verse enriquecida por el contacto con la cultura oriental de los grandes centros (Babilonia, Asia Menor, Babilonia, Egipto), y con el judaísmo, lo que le confiere a las creaciones artísticas del periodo ese aire barroco (resultado de la combinación de elementos griegos y orientales) que veremos luego en otros momentos de la historia. En ese contexto, la hermenéutica va a verse comprometida en un doble movimiento: por un lado, catalizar los contrastes entre las culturas y promover la vecindad de lo que de otra manera permanecería en el aislamiento (ése es precisamente el espíritu de la hermenéutica historicista); por el otro, minimizar los contrastes, traducir lo diferente al orden de lo semejante (que es el alma de la hermenéutica alegórica). Ese doble movimiento va a signar la vocación de la hermenéutica de percibir lo extraño y buscar lo afín. Por eso es que algo tiene que hacer en este lado del mundo. En efecto, en América Latina (como en Alejandría) esa historia de encuentros y desencuentros vuelve a reescribirse. Pero esa reescritura es agónica. Lo es porque el encuentro de culturas diferentes mantiene aquí en vigencia la tensión de los elementos que componen nuestra patria grande. Quisimos con la temática que propusimos para esta oportunidad ‘La hermenéutica en el cruce las culturas: polifonías y reescrituras’ incardinar nuevamente a la hermenéutica en una encrucijada, en la encrucijada de culturas que se encuentran, dialogan y se enriquecen en sus diferencias pero que también se esquivan, confrontan y pugnan por encontrar su lugar. La nuestra no es una historia que permita pensar en una fácil conciliación de las diferencias, como supieron verlo con lucidez muchos de nuestros mejores pensadores y ensayistas, como José Martí, Ezequiel Martínez Estrada, Ricardo Rojas, Leopoldo Zea, Octavio Paz y tantos otros.

Y la mención de esos pensadores y ensayistas me da la oportunidad de comentarles acerca del lanzamiento de nuestro concurso de ensayo que van a ver anunciado en el cartel del hall y en nuestra página web. Tomando algunas de las palabras que sirven de introducción a esta convocatoria, la tradición del ensayo en nuestras tierras también se gesta en una encrucijada, pues se liga en el s. XIX al proceso de independencia de los distintos países y de formación de la conciencia nacional. De ahí que en América Latina la producción ensayística esté comprometida con un proyecto y ponga su energía al servicio de una comunidad que está (siempre ya) en gestación, una comunidad hecha de ellos, los propios y nosotros. Por eso transforma el “yo conquisto” propio del sujeto europeo con el “nosotros nos liberamos” de nuestros criollos.

Ricardo Rojas va a decir de su propio ensayo *Blasón de plata* que es una “obra espontánea como forma y libre como pensamiento, sin clasificación científica ni género literario”. Y agrega: “la siento mía porque no seguí al trazarla modelos europeos, y se formó en mi propia entraña, toda viviente de emoción y de fe”. Creo que no hay modo más claro de caracterizarlo: a diferencia del paper académico no es estado del arte, no pretende definiciones ni recurre a las taxonomías sino que es palabra apasionada, convocatoria y acto. Un acto de rebeldía (“no seguí modelos europeos”) y un modo de combate. No producción técnica de un saber sino apelación a la ciudadanía. Por eso el ensayo es de naturaleza democrática. Se articula en la dimensión dialógica y produce estrategias de acercamiento. Se juega también en el plano estético para seducir y persuadir a todos. Por eso no hay ensayos sin multitudes. La idea es dirigirse a los muchos. Y aunque se tenga mucha convicción y algunas pocas certezas, ensayar es caminar con los pies vacilantes: los luchadores de la independencia pelean sus batallas, escriben sus panfletos, meditan sobre sus derrotas, sus soledades están plenas de combatientes, compatriotas, sombras. Y a ellos les hablan. Ensayan el modo en que se escribe el deseo de libertad. Escriben la invención de América.